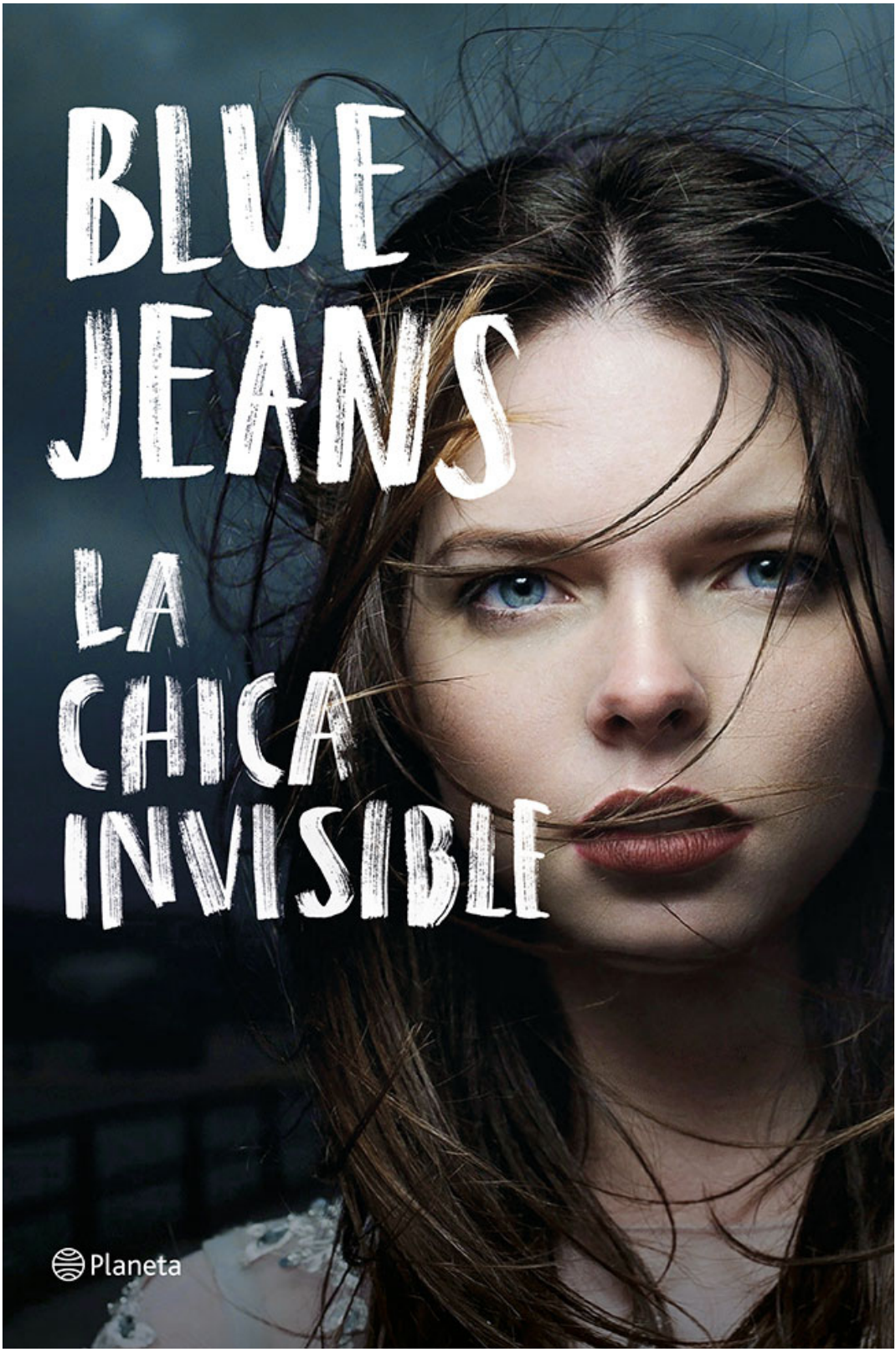
BLUE JEANS

LA CHICA INVISIBLE



Planeta

CAPÍTULO 2

Viernes, 19 de mayo de 2017

Iván Pardo. Moreno, pelo corto, rapado por detrás. Ojos oscuros, casi negros. Más de uno ochenta de estatura y *piercing* en la ceja izquierda. Un hoyuelo en la barbilla y una cicatriz de tres puntos en la frente, solo visible para alguien que se fije bien. Alguien como ella.

Todo empezó hace casi un año. Fue en junio, el once concretamente, cuando aquel chico se cruzó en su camino. Desde entonces, piensa demasiado en él, aunque no han quedado nunca para salir. Ni siquiera hablan en el instituto o viven cerca el uno del otro. Es más, Julia no tiene su número de móvil. Lo máximo que ha podido conseguir es que Iván la siga en Instagram. Y fue ella la que dio el primer paso siguiéndole a él. Fue aquel mismo once de junio del año pasado, cuando se quedaron los dos encerrados en el ascensor de un supermercado casi una hora. Durante los primeros quince minutos, apenas hablaron. Miradas, suspiros y quejas por lo absurdo de la situación. Después, comenzaron a fluir las palabras entre ellos:

—No debería haber cogido el ascensor —lamenta el joven. Lleva una cesta repleta de comida y parece muy pesada—. Nunca lo cojo. No merece la pena para solo una planta.

—Yo también suelo ir por las escaleras —explica Julia, que resopla.

—Entonces, es el destino el que nos ha encerrado aquí a los dos por algún motivo.

—Creo que tiene más que ver con lo viejo que es el ascensor.

Una atractiva sonrisa aparece en el rostro del chico. Ella la contempla embobada y siente una especie de cosquilleo por dentro.

—Me suena tu cara. Vas al Instituto Rubén Darío, ¿no?

—Sí, a cuarto de la ESO.

—Yo a primero de bachillerato. Me llamo Iván.

—Yo soy Julia.

Hecha la presentación, se dan dos besos. A continuación, al mismo tiempo, bajan la cabeza y echan un vistazo a sus móviles. Diez segundos después, vuelven a mirarse, otra vez, como si estuvieran sincronizados. Y los dos sonríen.

—Imagino que vives por aquí —dice el joven mientras se sienta en el suelo.

—Sí, en la calle de atrás. ¿Tú? —pregunta Julia, que también se deja caer frente a Iván.

—Yo no. Vivo en la parte nueva del pueblo. Pero mis abuelos tienen la casa aquí al lado y, cuando vengo a visitarlos, mi abuela aprovecha y me manda a hacer la compra.

—Qué buen nieto eres.

—No tan bueno. Hay truco. Me dan diez euros cada vez que les hago los recados.

Aquella confesión provoca la sonrisa de la joven, que nota sus labios agrietados. Se le ha secado la boca, así que echa mano a una Coca–Cola de su cesta y la abre. Menos mal que la cogió del refrigerador. Todavía está fría. Da un sorbo y se la ofrece a su compañero de ascensor. Este se lo agradece y pega un trago.

—Y si vives en la parte nueva, ¿no te pilla un poco lejos el Rubén Darío? Por cercanía, tendrías que ir a El Maquinista.

—Ya. Pero prefiero el Rubén Darío. Conozco a más gente de ahí. Solo son diez minutos en bicicleta.

—¿Vas al instituto en bicicleta?

—Sí, todavía no tengo edad para sacarme el carné —bromea Iván—. Pero en cuanto cumpla los dieciocho, eso será lo primero que haga.

—Yo en eso no tengo prisa.

—¿No te hace ilusión tener el carné de conducir?

—Hay otras cosas que me ilusionan más —comenta Julia después de dar otro sorbo al refresco.

—¿Como por ejemplo?

—Estudiar una carrera, escribir una novela de misterio o conocer a Magnus Carlsen.

—¿Quién es Magnus Carlsen?

—¡El mejor jugador de ajedrez de la historia! Fue campeón del mundo con solo veintidós años. Es mi ídolo.

—¿Tu ídolo es un jugador de ajedrez?

—Él y Agatha Christie.

—¿En serio?

—Totalmente. ¿Tiene algo de malo?

—Para nada. Al contrario, me parece que tus gustos son muy interesantes.

Aquel comentario hace enrojecer a Julia. No esperaba que le soltara algo así. Sin embargo, no debió de parecerle tan «interesante», porque luego pasó de ella. Sí, se siguieron en Instagram en cuanto ambos salieron del ascensor y llegaron a sus casas. E intercambiaron un par de comentarios en privado, pero ahí terminó todo. La primera vez que volvieron a encontrarse fue en el instituto, al comienzo de la semana siguiente. Julia se acercó para saludarle. En cambio, Iván fingió que no la había visto y se metió en el baño de los chi-

cos. Ella se extrañó y aguardó, a cierta distancia, a que saliese. Le apetecía hablar con él, repasar la anécdota del ascensor del sábado y verle sonreír de cerca. Había estado pensando en su sonrisa todo el fin de semana. Sin embargo, la que realmente lo recibió fue Vanesa, una de las repetidoras de su clase, a la que dio un largo beso en la boca antes de entrar en el aula. Desde ese instante, cuando se encuentran, solo se saludan con la mirada. A veces, ni eso.

Son las tres de la madrugada y Julia no puede dormir. Piensa en el accidente que ha sufrido Iván con la bicicleta. Su padre le ha explicado que el chico está bien, que milagrosamente solo han sido unos rasguños. Aun así, no puede evitar preocuparse. ¿Le escribe un mensaje privado por Instagram? No tiene nada de malo que lo haga, aunque son muchos meses sin hablar con él. ¿Se atreve? Le da miedo que no le responda o que sea demasiado seco con ella. ¿Qué hace?

—Si tardo menos de un minuto en hacer el cubo de Rubik, le escribo —se dice para sí misma mientras se estira para agarrar su pasatiempo favorito de la mesita de noche.

Sentada en la cama, lo examina, a izquierda y derecha, de un lado y de otro, y analiza la posición de los colores. Antes de empezar a girar las caras, pone el cronómetro del móvil a cero y se coloca el teléfono encima de la pierna izquierda. Está preparada. Pulsa el botón que activa el contador de segundos y comienza el reto.

No puede distraerse demasiado. Si piensa en otra cosa, no logrará solucionarlo en menos de un minuto. Pero a Julia le viene a la cabeza el recuerdo casi exacto de aquel día en el que Iván y ella se quedaron encerrados en el ascensor del supermercado. Tiene memorizada aquella hora en la que estuvieron juntos. Recuerda, prácticamente palabra por palabra, todo lo que se contaron. Y le pareció encantador. Pillar-

se de aquel tío no es lo más inteligente que ha hecho en su vida. ¿Acaso es posible hacerle frente a lo que dictamina tu corazón? De momento, lo ha conseguido. O, al menos, lo ha disimulado ante todo el mundo y ha debido de representar muy bien su papel porque nadie imagina que el chico de sus sueños es él. Qué pena que tener un cociente intelectual tan elevado no le permita controlar lo que siente. Para eso no sirven sus neuronas, ni su gran memoria. En el amor no ganan los más listos.

No quiere mirar el cronómetro, pero sabe que ha consumido más de la mitad del tiempo. Por eso, intenta que su mente solo se centre en los colores del cubo. Aquello le resulta más sencillo que lograr que Iván se fije en ella. Él ya se ha fijado en otra. Lleva saliendo con Vanesa algo más de un año. Se liaron por primera vez a finales de abril del curso anterior, en una fiesta de cumpleaños. Lástima, llegó tarde por seis semanas.

Ya tiene una cara del cubo hecha, con los nueve cuadros blancos en el mismo lado. Aún le falta bastante. Debe darse prisa o no lo conseguirá. Sus dedos trabajan a gran velocidad, como su cerebro. Siempre ha sido capaz de calcular el siguiente paso. Desde niña es consciente de que logra darse cuenta de las cosas antes que los demás. Por eso le gusta tanto el ajedrez. Porque consigue anticiparse al contrario y ve las jugadas con tres o cuatro movimientos de antelación.

Julia sospecha que ha entrado en los últimos quince segundos del minuto que se ha dado de plazo. A algunos les podría parecer una tontería la apuesta que ha hecho consigo misma. Sin embargo, ella necesita justificar su manera de actuar de alguna forma. Y ha confiado su suerte a su mente.

—Cinco, cuatro, tres… —cuenta en voz baja—. Dos. ¡Listo!

Y mira el cronómetro, que marca cincuenta y ocho segundos cuando pulsa el botón que detiene el tiempo. Son-

ríe. ¡Prueba superada! Ha resuelto el cubo de Rubik en menos de un minuto. Eso significa que va a escribirle a Iván.

Se incorpora y camina por la habitación con el móvil en la mano. Pulsa el icono de Instagram y busca el perfil del chico. Experimenta un curioso cosquilleo al ver sus fotos. Clica en la pestaña para enviarle un mensaje directo e intenta encontrar las palabras adecuadas para dirigirse a él.

«Hola, Iván. Hace tiempo que no hablamos. Bueno, en realidad, solo hemos hablado un día. Aquella mañana en la que nos quedamos encerrados en el ascensor del supermercado. ¿Recuerdas? Te he visto varias veces en el instituto, pero no he querido molestarte. Siempre vas muy bien acompañado. Vanesa es muy simpática, enhorabuena. Hacéis una bonita pareja.

Te escribo para preguntarte cómo te encuentras. Mi padre me ha contado lo de tu accidente con la bici. Me ha dicho que solo tienes unos rasguños y una muñeca maltrecha. Solo ha sido eso, ¿verdad? ¡Menudo susto, ¿no?!

Ahora estarás durmiendo y no verás este mensaje hasta dentro de unas horas. Escríbeme para decirme que estás bien. Nada más. Nos vemos por el instituto.

Que te mejores».

La chica relee lo que ha escrito en varias ocasiones antes de enviárselo. ¿Por qué tiene tantas dudas? Da un último repaso a sus palabras y finalmente decide borrarlo todo.

«Hola, Iván. ¿Cómo estás? Me ha dicho mi padre que has tenido un accidente con la bici. Espero que te encuentres bien. Nos vemos en el instituto».

Este nuevo mensaje sí que lo manda enseguida. Más sobrio, menos entusiasta. Ella no tiene una relación tan cerca-

na con Iván como para tratarlo con la familiaridad y confianza con la que le escribió en primer lugar.

Comprueba el reloj del móvil y resopla. Las tres y treinta y tres de la madrugada. No tiene sueño. Se ha desvelado por completo. ¿Podrá dormir esa noche? Necesita estar fresca para poder estudiar al cien por cien por la mañana. Regresa a la cama y se tumba bocarriba. Quizá leer un rato sea la solución. Enciende el flexo y toma el libro que tiene en la mesita de noche. Lleva doscientas páginas de *Legado en los huesos*, la segunda parte de la trilogía del Baztán, de Dolores Redondo. La primera le encantó. Solo aguanta un par de capítulos. Los ojos se le cierran. Su idea ha dado resultado.

Vuelve a dejar el libro encima de la mesilla y apaga el flexo. Justo en ese momento se abre la puerta de la habitación. Julia da un respingo y mira hacia el umbral. La figura de un hombre alto y corpulento surge en la penumbra. Estira el brazo y enciende otra vez el flexo. Es su padre.

—Perdona, cariño. He visto luz por debajo de la puerta y he imaginado que estabas despierta.

—No puedo dormir —le explica Julia, que nota a Miguel Ángel preocupado—. ¿Y tú qué haces levantado a estas horas? Son casi las cuatro.

—Me han llamado desde el cuartel. Me voy ahora para allá.

—¿Ahora? ¿Qué ha pasado?

—Vera ha denunciado la desaparición de su hija. Aurora todavía no ha vuelto a casa.